

ESPECIAL JÓVENES

Parroquia Ntra. Sra. Reina del Cielo – Nº 9, 20 de diciembre de 2015

¿QUÉ ES EL CRISTIANISMO Y QUÉ SIGNIFICA? (9)

En la liturgia de la Navidad hallamos los dos versículos del capítulo XVIII del libro de la Sabiduría que dicen: **“Cuando un silencio apacible lo envolvía todo y la noche llegaba a la mitad de su carrera, tu palabra omnipotente se lanzó desde el cielo, desde el trono real...”** Estas palabras hablan de la Encarnación y expresan magníficamente el infinito recogimiento de que se vio rodeada.



El relato evangélico nos presenta las relaciones de Dios con el mundo y la Encarnación de forma muy diversa. Dios ha entrado en el tiempo de una forma especial, porque Él lo ha decidido a su manera, con soberana libertad. El Dios eterno y libre no tiene destino; sólo el hombre está sometido a su destino en la Historia. La Sagrada Escritura nos dice aquí que Dios ha querido entrar en la Historia y cargar sobre sus espaldas un **«destino»**. Que Dios haya salido de la eternidad para entrar en lo temporal y caduco, que haya cruzado el **“umbral”** de la Historia, no puede ser comprendido por ninguna mente humana, pero en ello estriba la esencia del cristianismo. **“El amor hace cosas así”**.

Ninguna de las grandes cosas humanas ha surgido del pensamiento solo. En cambio, todas del corazón y del amor. Pero el amor tiene sus propias razones y finalidades, y para entenderlas hay que estar dispuesto a captarlas, pues de lo contrario no se entiende nada... Pero, si es Dios quien ama, si son la profundidad y la potencia de Dios las que se elevan **¿De qué no será capaz entonces el amor?** Llegará a ser tan sublime que deberá parecer una locura y un absurdo a todo aquel que no lo tome como punto de partida.

S. Lucas refiere lo siguiente: En el mes sexto, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María. El ángel, entrando en su presencia, dijo: **«Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo»**. Ella se turbó grandemente ante estas palabras y se preguntaba qué saludo era aquel. El ángel le dijo: **«No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin»**. Y María dijo al ángel: **«¿Cómo será eso, pues no conozco**

varón?». El ángel le contestó: **«El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que va a nacer será llamado Hijo de Dios. También tu pariente Isabel ha concebido un hijo en su vejez, y ya está de seis meses la que llamaban estéril, porque para Dios nada hay imposible»**. María contestó: **«He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra»**. Y el ángel se retiró. (Lc. 26-38).

El tiempo va transcurriendo. San José advertido por Dios, acepta a su prometida. Cuán profundamente debió calar esta lección en el ánimo de este hombre silencioso ¡Qué debió sentir al saber que Dios mismo había puesto la mano sobre su esposa y que la vida que en ella palpitaba venía del Espíritu Santo ! El gran misterio venturoso de la virginidad cristiana surgió en aquel momento Mt., 1, 19-25).

San Lucas sigue en su relato: **“Sucedió en aquellos días que salió un decreto del emperador Augusto, ordenando que se empadronase todo el Imperio. Este primer empadronamiento se hizo siendo Cirino gobernador de Siria. Y todos iban a empadronarse, cada cual a su ciudad. También José, por ser de la casa y familia de David, subió desde la ciudad de Nazaret, en Galilea, a la ciudad de David, que se llama Belén, en Judea, para empadronarse con su esposa María, que estaba encinta. Y sucedió que, mientras estaban allí, le llegó a ella el tiempo del parto y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre, porque no había sitio para ellos en la posada”**. (Lc., 2, 1-7).

Se nos presenta aquí en forma visible lo que hace unos momentos, queríamos captar en el secreto de la acción divina. He aquí a un niño como todos los otros. Lloro, tiene hambre y duerme como ellos, y con todo, es «el Verbo que se hizo carne» (Jn 1, 14). Este niño no ha sido, pues, únicamente herido por lo divino hasta el punto de verse obligado a seguir sus huellas, luchar y sufrir por ello con todas sus fuerzas, superando en esto a los que alguna vez sintieron la más honda conmoción divina. **Este niño es Dios, en esencia y presencia**.

Este niño encontró al nacer la sustancia de su vida. Lo que el hombre es por su nacimiento determina el tema general de su existencia. Todo lo demás lo recibe por añadidura. El ambiente y los acontecimientos exteriores ejercen su influencia positiva o negativa, buena o mala, constructiva o destructora, pero el elemento decisivo es el primer paso dado en el ser mismo, lo que se es por el nacimiento.

Este joven era un hijo de los hombres: tenía cerebro humano y miembros, corazón y alma. Pero era Dios. La voluntad de su Padre había de ser el contenido de su vida: anunciar el sagrado mensaje, unir a los hombres mediante la potencia divina, fundar la Nueva Alianza, cargar sobre sus espaldas al mundo y su pecado y expiarlo con amor, poniéndose en su lugar, y alcanzarle, mediante el sacrificio, la muerte y la resurrección, la nueva vida de la gracia. En ello estribaba precisamente la consumación de sí mismo. Recordemos las palabras del Resucitado: **“¿No era necesario que el Mesías padeciese esto y entrara así en su gloria?”** (Lc., 24, 26) (Texto tomado de “El Señor”, libro I, de Romano Guardini).